

que se dejaba dominar de la cólera, á veces con muy poco ó ningún motivo; los criados se reían al verla encendida de furor, en tanto que ellos estaban perfectamente tranquilos; comían y se divertían como si tal cosa no sucediera.

Otro tanto acontece aún con las personas que nos aman: el espectáculo de la cólera y de la displicencia dice tan mal con la condición dulce de la mujer, que al verla descender de su pedestal se la pierde el respeto sin quererlo, y casi sin saberlo: una palabra dicha á tiempo con sentimiento y gravedad; una reflexión cariñosa; una sola mirada de dulce reproche, consiguen más que largos días de semblante ceñudo y que las reconvenciones más violentas.

De los criados hablaremos en mi próxima carta, y ahora nos limitaremos á tratar de la triste influencia del mal humor en el seno de la familia.

Si es cierto, hija mía, que tenemos el deber de amar á nuestros padres y hermanos, primeros protectores y amigos que el cielo nos ha dado, no es menos verdad que el amor no se manda y que es independiente por esencia y naturaleza.

Yo conozco una señora muy desdichada y cuya desgracia es obra, sobre todo, del carácter áspero é iracundo de su madre.

Esta mujer, ante quien todos temblaban, dominó á su esposo de una manera que se doblegó en todo á sus deseos, y perdió, por complacerla en sus errados cálculos, su posición y sus bienes: los hijos se resintieron de los reveses de la fortuna; los varones dejaron su patria por suelo extranjero, contentos por huir de la tiranía maternal: la única hija de la casa fué más desdichada todavía; amedrentada por el carácter de su madre, se casó con un hombre que le era muy inferior en nacimiento y, sobre todo, en educación, y que la hizo completamente desdichada; además, su carácter adolecía de tanta timidez, acostumbrado al férreo yugo de su madre, que jamás supo tomar una determinación noble y firme, siendo víctima toda su vida de su ánimo apocado.

Si este pobre ser hubiera sido educado con dulzura, si no le hubieran quitado toda idea de sus derechos y de su dignidad, no hubiera sido tan infeliz.

Procura, Julia mía, que te amen; pero no.

quieras que te teman, porque en ese caso dejarán de amarte muy pronto.

Acostúmbrate á ser amable y complaciente con tu padre y con tus hermanos, lo mismo que con tus amigas; y luego, cuando formes una familia, lo serás igualmente para tu esposo y para tus hijos, que te adorarán, que tendrán confianza en ti, que tomarán una activa parte en tus penas y en tus alegrías.

El dominio sobre sí mismo es una de las mayores garantías de felicidad que hay en la vida; no es posible dejar ver todo lo que á uno le molesta, á veces es un deber y una virtud el disimulo, y casi siempre es un rasgo de talento y un medio de llegar á lo que deseamos: esto no es decir que yo te aconseje la mentira, sino la paciencia y la bondad.

En el seno de una familia, una persona de mal humor impone un tormento continuo: si se refiere un suceso cualquiera, la persona mal humorada discute todas las circunstancias y las pone en duda; si se expresa una opinión, parece asombrarse, abrumba con objeciones y con dudas; así es, que delante de esas personas acaba cada uno por no hablar, y llevan consigo donde va, una frialdad y una tristeza, que no hace nada deseable su compañía.

¿Quién no conoce y no teme esa mirada fría é impasible de una persona de mal humor, que se separa siempre que se espera hallarla?, ¿esas respuestas secas y breves?, ¿esa indiferencia afectada, por cuanto se hace y se dice?, ¿ese empeño de no sonreír, ese aire de mártir, esa expresión irónica, esa humildad burlona, esa manera impertinente de no dirigirse á la persona con quien se habla?

Evita ese ridículo, que para los demás tiene algo de cruel: sé dulce, benévola, sufrida, alegre siempre, y cariñosa constantemente: sé, hija mía, el rayo de luz que ilumine tu familia, y no la nube negra y cargada de tempestades: la igualdad y la dulzura de carácter, no excluyen la dignidad, y sólo la cólera descompuesta y los enfados constantes é inmotivados, es lo que nos hace bajar de nuestro pedestal.

FELICIA.

VI

Te ofrecí, mi querida Julia, que en la primera carta que te escribiese hablaríamos de los criados, y voy á cumplirte mi promesa.

Te quejas en todas las tuyas del martirio-

que te imponen las malas condiciones de las personas que empleas para el servicio interior de tu casa; y esta misma queja resuena continuamente en derredor mio, pues es uno de esos inconvenientes generales, de los que todos tenemos que sufrir mucho.

Sin embargo, debo decir en honor de la clase que nos sirve, que no la he hallado nunca en lo antes grande y ahora pequeña parte, que he podido conocerla, tan extremadamente mala, como se la quiere hacer; que los criados en mi casa cuentan ya algunos años de servicio, y que les he debido pruebas verdaderas de cariño y de fidelidad.

—«Los criados son el azote de la vida—me dices.—¡Cuanto más cambio son peores, y ya no sé qué hacer!»

Te repito, hija mía, que esas quejas no me extrañan, porque las oigo á todas las personas que trato; pero el mal me parece remediable, á lo menos en parte, con un poco de paciencia y de talento, y voy á explicarte de qué modo lo he conjurado yo.

Hay criados con condiciones perversas, como, por ejemplo, la infidelidad y la incuria; de éstos es inútil hablar, y es lo mejor despedirlos así que se les conoce; toda tolerancia

con una persona infiel es inútil y culpable, porque puede ser también muy perjudicial á los intereses de la casa.

Peró si llegas á tener una criada fiel á toda prueba y aseada, que tenga buena voluntad, que desee complacerte, aunque su aptitud no sea grande, aunque tenga pocas habilidades, sopórtala y no la despidas por otra que tenga quizá mejores disposiciones, pero no tan buen natural y tanta honradez.

Créeme, Julia mía; la probidad, las buenas costumbres y la obediencia, son las cualidades esenciales en los criados; y hay que poner de nuestra parte el deseo de paz, la igualdad de carácter, la equidad y la benevolencia tan indispensables, y más á nuestra dicha, como á la dicha de los otros.

No solamente hemos de pensar en lo que nos deben nuestros criados; hemos de pensar en lo que nosotros les debemos.

Tienen derecho, ante todo, á nuestra justicia, retribuyéndoles según su trabajo, y en proporción de nuestra fortuna; es muy culpable la que por ostentación se rodea de una turba de criados, que no puede ni alimentar ni pagar; ese mismo instinto de justicia exige que no imponamos á nuestros servidores ta-

reas superiores á sus fuerzas; que se les dejen bastantes horas de sueño y un alimento sencillo si es preciso, pero abundante y sano.

Me parece también muy duro el no darles parte en las pequeñas fiestas de la familia; sirviente desdeñado no ama á su dueño. ¿Cómo quieres que te tomen cariño tus criados si les tratas siempre como á extraños?, ¿si no te cuidas de su bienestar, y quieres que sean esclavos del tuyo?

Les debemos también todos los beneficios de la caridad; es decir, buen consejo, un servicio, una protección eficaz para ellos ó para su familia, cuidados y vigilancia en casos de enfermedad.

La dureza y la indiferencia de algunas personas para las que las sirven, tiene mucho de ofensivo, y aun pudiera decir de anticristiano; trata con tu prudencia y tu dulzura de ganar la confianza y el afecto de tus criados, pues si te aman te servirán mejor.

Pero que tu benevolencia no degenera jamás en familiaridad; guárdate de iniciar jamás á las personas que te sirvan en los asuntos de tu familia, por pequeños que éstos sean; no prestes jamás oídos á sus habladurías, á sus noticias, y ten la seguridad de que

necesitas mucha medida y mucha reserva para sostener alrededor tuyo el respeto, la sumisión y el orden invariable que debe reinar en una casa.

Si es cierto que debemos á los que nos sirven justicia, caridad, dulzura y buen ejemplo, no es menos verdad que nos debemos á nosotras mismas una autoridad vigilante; no abandones el cetro, mi querida niña; sé siempre la señora en el interior de tu casa, y para eso, exige en las personas que te sirvan una obediencia completa como condición indispensable de su estancia á tu lado, porque ya sabes que de una orden mal interpretada ó no ejecutada, depende á veces la pérdida de un asunto importante; hazte dar cuenta de todo, y cualquiera que sea la confianza que te inspire la probidad y la inteligencia de un criado, no le permitas usurpar tu sitio, ni abandonar tu derecho de intervención y de mando.

Da poco dinero de una vez; toma las cuentas; examina tú misma todas las mañanas las compras y los restos de la vispera, á fin de ordenar las comidas con el menos gasto y el mayor lucimiento posible; sabe cuál es el precio justo de todo lo que se emplea; haz una visita de inspección á la cocina, al come-

dor, á la despensa, y ténlo todo bajo tu mirada, por decirlo así: reprime con dulzura, pero con firmeza, todas las prodigalidades, y no abandones al capricho de los sirvientes el gasto y el gobierno de tu casa.

No hay criado bueno, abandonado á sí mismo; no hay criado respetuoso usando con él familiaridades, alternadas con desigualdades de humor y brúsqueras; pero no hay muchos que sean muy malos, si están bien dirigidos y si se les mantiene á una prudente distancia.

Te aseguro, como verdad innegable, que el cambiar mucho de sirvientes nada remedia; al contrario, una criada que sabe ha de estar poco en una casa, se toma por ella muy escaso interés, y acaso la mira como un asilo, en tanto busca otra que le parezca mejor ó que le ofrezca mayores ventajas.

Es preciso confesar que los sirvientes se acostumbran y se adhieren (al cabo de más ó menos tiempo), no sólo á las personas, sino hasta á las paredes de una casa: generalmente, pasados los dos primeros meses, que son los más penosos y los que ofrecen más dificultades, éstas van á menos, y cada día se establece mayor simpatía del servidor á su dueño, ma-

yor benevolencia de éste para aquél; y, además, hija mía, ¡qué enormes fatigas ocasiona el cambiar mucho de criados! ¡Siempre enseñando! ¡Siempre sufriendo los efectos de su torpeza! Ellos no discurren, sino que, como ya he dicho antes, *se acostumbran*; y hasta que llegan á lograrlo, si ellos padecen, nosotros sufrimos mucho más: por egoísmo siquiera, debemos ser tolerantes, porque en todas las cosas de la vida, en que es menester sufrir un poco, cuando no hay fortaleza en el alma para soportar las dificultades, se sufre mucho más.

FELICIA.

VII

Hablemos, mi querida niña, de una cosa, que según veo te preocupaba mucho, y de la que yo no te he hablado todavía, por que quería hacerlo con el detenimiento que merece.

Me refiero al modo de vestir, y á los gastos más ó menos cuantiosos, que toda señora ó señorita, bien nacida y bien educada, tiene que hacer en su guardarropa, según su fortuna y posición social.

—El lujo—me dices en tu última carta—lo invade todo, y adelanta terreno cada día: así es que es imposible vestir bien sin gastar gruesas sumas, que yo no poseo: esto me quita absolutamente la gana de salir, pues dondequiera que voy, hago un desairado papel.

Estás engañada, mi amada Julia; para vestir bien, para ataviarse con elegancia, no se necesita ganar mucho, y sólo hacen falta un poco de paciencia, de buen gusto y de habilidad.

Dime sinceramente: ¿piensas tú, que es mayor el número de familias que poseen una gran fortuna, que el que la posee muy modesta?

Estás engañada: hay señoras y señoritas que pueden gastar muy poco, y que son verdaderamente elegantes.

Si tienes un periódico de modas que dé modelos y patrones, si pones en juego la inteligencia y la laboriosidad que te ha dado el cielo, te vestirás bien y á poca costa.

La cuestión está en elegir entre los grabados y figurines, lo que mejor se adapte á los medios que cada una posee, y también los que sienten mejor á su figura y rostro.

El arte de vestir bien no consiste en gastar grandes sumas; consiste en emplear lo que se

gaste—por poco que sea—con tino é inteligencia: consiste en adoptar los colores, las telas, las hechuras más graciosas y que digan mejor con el color de nuestra tez y de nuestros cabellos.

Poseyendo ese arte, ese sentimiento de lo bello, las más modestas galas parecen de gran valor; pues sin el buen gusto, la mayor y más ostentosa magnificencia estará siempre muy distante de la elegancia y de la distinción.

Tampoco da estas ventajas el poseer gran número de trajes; éstos deben ser pocos, y estando confeccionados con buen gusto bastarán para que puedas vestir en todas ocasiones de un modo conveniente, y para que puedas alternar, sin desventaja, con personas favorecidas por la suerte, con los dones de la fortuna que Dios no te ha dado á ti.

Como regla general, te diré, que en una joven sienta bien, sobre todo, la sencillez y la sobriedad en los adornos: la sencillez tiene algo de humilde y de encantadora, que nos conquista la simpatía de todos; al paso que la ostentación es hiriente y ofensiva para las personas desgraciadas.

Yo he oído algunas veces, al elogiar la belleza de una joven que era realmente encanta-

31506

dora, añadir esta maligna adición á los elogios:

—Verdad es que la hacia parecer tan linda lo rico y ostentoso de su traje.

La emulación se aprovecha de todo, y sólo necesita pretexto para herir con encono.

Así, una joven que viste con sencillez, luce por sus solas gracias, y no atribuyen su mérito al traje ó al adorno que la engalanan.

El vestido debe variar según las circunstancias y ocasiones: no se debe jamás llevar á la iglesia trajes llamativos, porque es llevar al pie de los altares los signos exteriores de la vanidad y del orgullo; es distraer la atención de los fieles, ofreciendo á su vista un ídolo cubierto con las pompas del mundo.

Santa Isabel, reina de Hungría, y una de las princesas más hermosas de su tiempo, se despojaba de sus joyas y de las insignias de su rango en presencia del Tabernáculo.

—Sólo soy una vil criatura—decía—, y no puedo estar delante de mi Dios coronado de espinas, adornada de oro y pedrerías: mi corona debe deponerse ante la suya.

Para las visitas de duelo se viste de negro: mas las de boda y de felicitación exigen un traje elegante, aunque no sea de gran coste.

Para recibir en tu casa viste siempre con extrema sencillez, para no eclipsar á las personas que vayan á visitarte, lo que sería de muy mal gusto.

Desecha, pues, Julia mia, esa tristeza que te invade el corazón al pensar en que tu padre no es rico, y en que por lo mismo tú quedas siempre eclipsada entre todas las jóvenes de tu edad; esto no puede ser exacto, si lo que te falte de lujo lo pones de buen gusto y elegancia.

Voy á referirte un caso que yo misma presencié hace algunos días en casa de una de mis amigas.

Era el cumpleaños de la señora de la casa, y una numerosa concurrencia se hallaba reunida en el salón desde las diez de la noche: los encajes, el raso, las pedrerías se ostentaban por todas partes: yo quedé deslumbrada al ver el magnífico golpe de vista que presentaba el salón: al lado de un espléndido traje de raso azul, veía otro de terciopelo verde luz, y más allá uno de encaje blanco.

La cortina de brocado de la puerta se levantó ya tarde, y una joven entró apoyada en el brazo de su padre.

Era rubia, delgada, y aunque no muy boni-

ta, la distinción traspiraba, por decirlo así, en toda su persona: sus únicas galas eran un vestido de tul blanco, sobre otro de foulard blanco también, y una rosa en los cabellos; una cinta de terciopelo, de la que pendía un medallón de oro liso, ceñía su cuello; aquel vestido estaba hecho por ella misma, y le había servido de modelo un precioso figurín.

Todas las miradas se fijaron en aquella graciosa niña: los ojos, cansados de la magnificencia, reposaban con una especie de bienestar en aquella virginal sencillez.

Ya ves, mi querida Julia, cómo también se puede sobresalir por la modestia, y cómo puedes consolarte de no ser rica.

FELICIA.

VIII

Después de un largo silencio, ocasionado por la grave enfermedad de una de mis dos niñas, vuelvo á reanudar, mi querida Julia, nuestra correspondencia, con indecible placer. ¡Qué amarga sería para mí la privación de hablar contigo, y de comunicarte todos mis pensamientos! ¡Qué doloroso y qué triste el estar

privada de saber los tuyos! ¡Qué dulce es á mi corazón tu confianza!

Por tu parte, hija mía, me has escrito todas las semanas, y tus bellas cartas han traído á mi alma el más grato consuelo, en medio de la amargura que sentía al ver sufrir á mi pobre sobriñita: ¡á una criatura inocente, que ningún mal ha hecho todavía!

Por tus cartas, he visto que has conseguido el que tu padre haya dilatado el dar la corrida proyectada, cuya perspectiva tanto te asusta: ¿y por qué? ¿por qué temer así á la sociedad? Sólo el ser malos debe amedrentarnos, haciéndonos pensar que ofendemos á ese Dios, todo piedad y misericordia, que es para nosotros el mejor de los padres.

A la sociedad debe dársela importancia, pero no tanta; no hasta el punto de perder el sueño y el apetito, como según dices te ha sucedido á ti, desde que piensas en que vas á tener convidados.

Al fin el día del cumpleaños de tu padre llega, y la comida va á tener lugar; tranquilízate, y pon atención en lo que voy á decirte, segura de que sujetándote á reglas fijas y establecidas, saldrás bien de lo que tanto te preocupa.

Cuida ante todo de que el comedor esté á buen temple desde por la mañana, teniendo fuego en la chimenea, y de que todos los muebles del mismo brillen por una exquisita limpieza: que las cortinas de las ventanas caigan en pliegues simétricos y regulares y que la lámpara del centro esté bien dispuesta y asimismo bien limpia: en cuanto á las luces, te aconsejo que las inspecciones tú misma, sin fiarte de nadie; pues es de un efecto deplorable el que luzcan mal, ó se apaguen.

Que la mantelería ostente una blancura inmaculada: nada importa que sea un poco más ó un poco menos fina; pero que la limpieza sea exquisita, lo mismo en la lencería que en el cristal y plata.

Que todo esté colocado con la más perfecta simetría: si tuvieras un espléndido servicio de plata, si tu cristalería fuese de Baccarat y tus porcelanas de Sevres ó del Japón, todas esas riquezas parecerían miserables, si la limpieza y la simetría no presidiesen á su arreglo.

Supongo que los convidados no pasarán de doce: la lámpara del centro de la mesa y dos con pie colocadas á los extremos, bastan para alumbrar bien el comedor.

Harás colocar en la mesa seis botellas de

agua y seis de vino común, todas de igual forma; seis saleros dobles, es decir, con receptáculos cada uno para sal y pimienta.

Cada convidado tendrá ante su cubierto cinco copas, una para el vino común y las demás para los de Madera, Burdeos, Jerez y Champagne; en una comida que pasa de seis cubiertos, no deben servirse menos de cuatro vinos, además del Champagne.

A la derecha de cada convidado se coloca el cubierto y el cuchillo; ten cuidado que todos los cubiertos se hallen colocados en una línea perfecta; que las botellas, las copas, los saleros, las mostaceras y los platos de hors-d'œuvre estén dispuestos con igual simetría, y que el todo de la mesa ofrezca un conjunto agradable y regular.

Va sabes que en ninguna comida de alguna importancia se sirve la sopa en la mesa; al entrar en el comedor debe ya humear en los platos.

No es de buen gusto ya servir un número de manjares interminable; cuatro entradas después de la sopa bastan, y éstas deben constar de un frito, un pescado en salsa, otro plato de bastante coste, y aves asadas; el tercer plato puede ser un *vol-au-vent*.

El servicio á la rusa es hoy el más elegante; consiste en colocar los postres en el centro de la mesa, de una manera armoniosa, y servir los manjares trinchados, pasándolos por la izquierda á cada uno de los convidados.

Harás muy bien, mi querida Julia, en consultar á tu padre, acerca del sitio que cada uno debe ocupar en la mesa; no es indiferente la colocación, y se deben reunir los que más pueden simpatizar; cuando sepas ya dónde debe sentarse cada uno, escribirás en una tarjeta, con tu linda letra inglesa, el nombre de cada persona invitada, colocando las tarjetas sobre las servilletas.

El número de los postres debe ser de seis á ocho; el primero será un dulce caliente, de cuchara; los demás, pastas, frutas y confituras.

Cuando lo hayas inspeccionado todo, y visto que nada falta para el buen servicio, te vestirás con un traje elegante, pero sencillo, y de corte de interior, propiamente dicho; los cuerpos escotados, los brazos desnudos y adornados de alhajas; las hechuras recargadas, están proscritas de toda comida, no siendo de boda, ó gran ceremonia.

Estarás en el salón con tus hermanos, un poco antes de la hora en que deban llegar

los convidados: que Octavia y Fernando se hallen también, sencilla, pero esmeradamente vestidos; cederás el sillón del lado derecho de la chimenea, á la primera señora que llegue, y sentándote á su lado, entretendrás dulcemente la conversación en tanto van llegando las demás gentes invitadas; cuando avisen que la comida está servida, aceptarás el primer brazo que se te ofrezca, y al llegar al comedor, después de dar gracias á la persona que te ha acompañado, ayudarás á cada uno á encontrar el sitio que le ha sido destinado.

Te ocuparás en la mesa de todos, sin ruido, pero de una manera continua, benévola y general: advertiré sólo á tu buen sentido, que los ancianos tienen derecho á todas tus atenciones; y á tu buen corazón, que las personas timidas y de escasa fortuna, deben ser también las preferidas por ti; aunque se sirvan los manjares trinchados, resérvate el derecho de servir tú un plato, siquiera sea el de las confituras que figuran en los postres; de no ser así, los convidados podrían creerse en la mesa de una fonda, y no en la de amigos, atentos y afectuosos.

Terminada la comida volverás al salón, del brazo de tu más próximo vecino en la mesa;

allí debe estar servido el café; ofrécelo por ti misma, y que Fernando ofrezca á los caballeros los licores y los cigarros; estas atenciones en un niño son encantadoras.

Durante la velada, procura que estén todos complacidos: organiza alguna partida de tresillo para las personas de edad; invita para que vayan al piano, á los que cultiven la música; habla con los que prefieran la conversación; en una palabra, mi querida niña, olvídate de ti misma por los demás, y haz por cada uno lo que desearías que hicieran por ti; es el secreto único de ser amable.

Cuando se retiren las damas, despídelas afectuosamente en la antesala.

Adiós, Julia; escíbeme pronto, para ver cómo has salido del apuro en que te hallas, y recibe un abrazo de tu apasionada,

FELICIA.

IX

Te lamentas, mi amada Julia, de lo poco que te da de sí el tiempo y de que te falta para la mayor parte de tus ocupaciones: no lo extraño; el tiempo, hija mia, es una tela preciosa de que está formada nuestra vida, y

si no cuidamos de ella, se deshila poco á poco, hasta destruirse completa é insensiblemente, como una gasa delicada.

Asimismo estás preocupada con las visitas que vas á tener que recibir, y quiero decirte, respecto á la cuestión de tiempo, que teniendo establecido un método invariable para todas tus ocupaciones, te parecerá que las horas del día son más largas, ó que el día tiene mayor número de horas.

Como primera regla, levántate temprano y acuéstate á una hora regular: es un método excelente para conservar la salud; y lo que se hace en las primeras horas de la mañana es un adelanto que sigue todo el día.

Pasemos ahora á hablar de las visitas.

Ya he escrito á tu padre, hablándole de este particular con detención y aconsejándole señale un día á la semana para recibir: esta costumbre francesa, y que muchas familias van adoptando ya, tiene dos ventajas: la primera es, que las personas que vayan de visita, tienen la seguridad de hallarte, y tú la de verlas; la segunda y no despreciable ventaja es, que todos los demás días de la semana puedes salir, ó dedicar la velada á la labor,

al estudio, á estar en familia ó al arreglo del interior de tu casa.

El día designado para recibir, está dispuesta desde temprano y haz que tus hermanitos lo estén asimismo. Octavia debe acompañarte cuando recibas, pues su edad de diez años se lo permite ya; además, Julia, la compañía de un niño es casi tan respetable como la de un anciano; acostumbra también á Fernando, que cuenta sólo ocho años, á que entre á verte, aunque tengas gente, á la vuelta de la pensión, y á que permanezca un rato al lado tuyo; ya te he dicho, al aconsejarte que lleves á Octavia á alguna visita, lo conveniente que es el acostumbrar desde muy temprano á los niños al trato social; esto les forma un carácter dulce y les hace adquirir desde temprano maneras corteses y distinguidas.

Procura que en la sala de recibir ó saloncito de tu casa reine el orden más perfecto y la limpieza más exquisita; que en la colocación de los muebles se vea cierta armonía; un salón debe demostrar hallarse habitado; es decir, lleno de vida; nada hay más triste y más helado que esas salas de recibo que sólo se abren cuando llegan visitas, y que todo el resto del tiempo están mudas y desiertas.

Que haya en el salón de la casa de tu padre un velador con libros y periódicos, flores frescas, señales, en fin, de que allí se siente, se piensa; es decir, *se vive*; tu piano le dará también, con su sola presencia, animación y alegría.

Que tu traje para recibir no sea pretencioso, pero sí esmerado; debemos, como una atención á las personas que nos favorecen, el estar vestidas de una manera conveniente; un traje de media cola de lana, con cuello y puños blancos, con bordado ligero, una corbata blanca y un lazo en el cabello, constituyen un equipo á propósito para una joven de tu edad.

Octavia estará vestida de la misma manera, poco más ó menos, cuidando de que las prendas de lencería que se ponga estén muy blancas; ese es el lujo de los niños.

Esta recomendación de vestir con aseo y cuidado te la hago también para todos los días, para todas horas; nada hay tan ridículo como tener que correr y esconderse cuando llaman á la puerta, por llevar un traje imponente.

No tengo que advertirte que al entrar señoras de visita te pongas en pie; debes hasta